

¿ES POSIBLE LA INTEGRACIÓN PARA EL PSICOANÁLISIS?



Aleksandar Dimitrijević (*)

Cuando nos encontramos con el psicoanálisis en nuestra educación, desde el inicio mismo aprendemos que es una disciplina dividida y en constante conflicto interno. En cierto momento, en 1950 el psicoanálisis se dividió en varias escuelas de pensamiento que mostraban una profunda animosidad entre sí y eran incapaces de colaborar de manera sustancial entre ellas. Con seguridad todos los libros de textos importantes sobre psicología de la personalidad primero brindaban una descripción general de la teoría de Freud, y luego de las escuelas de Jung y Adler que se habían separado del movimiento psicoanalítico inicial y se habían desarrollado en sus propias direcciones (Ellenberger 1970; Ryschlak 1975; ver también Makari 2008). La separación de Adler, Stekel, Jung y otros primeros discípulos de Freud derivó en que ellos propusieran nuevos procedimientos psicoterapéuticos, institutos educativos e incluso movimientos que hicieron de la refutación de la teoría de Freud uno de sus objetivos centrales. Al mismo tiempo, Freud y la segunda ola de sus discípulos intentaron demostrar que, por ejemplo, Jung era un místico (Bair, 2003) o que Ferenczi estaba psicótico (Bonomi 1999), lo cual se parece más a una campaña política que a una refutación científica. Con el paso del tiempo, estas diferentes escuelas no se acercaron más, e incluso se podría afirmar que las diferencias son ahora tan grandes que la mayoría de los miembros de las diversas escuelas de psicoterapia que surgieron a partir de *La interpretación de los sueños* no siguen el trabajo de los demás. Peor aún, sus idiomas se han vuelto tan diferentes que dificultan significativamente el entendimiento entre ellas.

Estas diferencias también se están volviendo cada vez más pronunciadas entre las diversas versiones del psicoanálisis. La mayoría de las veces no provienen de la devoción de sus miembros por diferentes temas de investigación, metodología clínica o dispositivos tecnológicos que tienen a su disposición. La razón más frecuente de esta situación se encuentra en la estructura social del mundo psicoanalítico. (Uno sólo puede preguntarse por qué todavía no tenemos un estudio de los institutos psicoanalíticos metodológicamente similar a los estudios de las instituciones mentales de Erving Goffman [1961].) Creo que podemos vislumbrar estas diferentes estructuras si analizamos el lenguaje utilizado en la construcción de este mundo social: hablamos de “los primeros cismas” y “herejías” (Bergmann 2004, 5), como si el psicoanálisis fuera una especie de iglesia o culto religioso; hay “desviaciones de las enseñanzas de Freud”, como si sus escritos fueran un libro sagrado y no una fuente de hipótesis comprobables; o, tan recientemente como en 2006, Hanna Segal (2006, 289) afirmó que el modelo de Freud/Klein/Bion es una búsqueda de la verdad, mientras que los independientes (específicamente Ferenczi, Bálint, Winnicott y Kohut) “invitan al paciente a vivir en una mentira”.

En otro nivel, el psicoanálisis puede ser fácilmente la única disciplina científica plagada por el problema de la disidencia -por otro lado, un fenómeno político que aparece en las sociedades totalitarias. Todo comenzó con la visión del psicoanálisis más como una creación de Freud y menos como un método para la investigación de los fenómenos mentales. El “Círculo Secreto” de los colaboradores más cercanos de Freud se formó con el objetivo de proteger el “psicoanálisis real”, y durante casi quince años, los siete miembros (incluido el propio Freud) se enviaron cartas circulares y se ocuparon de la política de “las enseñanzas del Maestro” lo mejor que pudieron, decidiendo, en el camino, quién debería ser condenado al ostracismo -hasta que, por supuesto, que sus antagonismos personales se hicieron demasiado fuertes y dos de ellos fueron tratados como disidentes (Grosskurth 1991). Desafortunadamente, los modelos más recientes no son tan diferentes. Muchas de las sociedades e institutos psicoanalíticos más importantes se han disuelto y muchos individuos carismáticos han creado sus propias escuelas, centros, publicaciones periódicas, etc. En un momento, dado hubo hasta treinta y siete institutos psicoanalíticos diferentes solo en Manhattan (Mitchell 2000).

Lo más lamentable es que la lista de disidentes en la historia del psicoanálisis incluye a algunos de sus más creativos autores: Lacan, Sullivan y Kohut, son solo algunos de los ejemplos de quienes fundaron sus propias escuelas, mientras que Ferenczi, Fairbairn, Winnicott y Bowlby, se encuentran entre los que no lo hicieron. Por lo tanto, Otto Kernberg recomendó que los institutos psicoanalíticos deberían ser evaluados de acuerdo con el siguiente criterio: “¿Se enseñan con respeto múltiples teorías psicoanalíticas y enfoques clínicos?”; la triste conclusión fue que, en la mayoría de los casos, la respuesta es “no” (Bergmann 2004, 96–97).

Varias razones han sido ofrecidas para explicar dicho problema (Bergmann 2004): resistencia hacia la personalidad de Freud; una actitud básica de ingratitud y criticidad; análisis de entrenamiento sin éxito; fallas estructurales en la organización de los institutos de formación -este último es el más persistentemente presentado por un ex presidente de la IPA (Kernberg 1986, 1996, 2000); la exigencia de convencimiento en los postulados del psicoanálisis -y las convicciones que pueden encontrarse y perderse; ofrecen una idea difusa de lo que constituye el progreso en psicoanálisis y de cómo este puede ser verificado (Stepansky 2009).

Es cierto que han existido esfuerzos para reparar estas divisiones, aunque parece que ninguno ha tenido éxito. Ofreceré una breve descripción de las más influyentes soluciones a esta falta de integración.

El primero se deriva del supuesto núcleo científico común. Freud expuso el psicoanálisis como una ciencia natural con un método hermenéutico específico para la exploración de estados mentales complejos. El ideal cambió de la biología a la paleontología y a la física, y Freud escribió en términos de pulsiones, hordas primitivas, excitación, etc. Él, no sólo quería mostrar cómo el psicoanálisis podía ser relevante para las ciencias físicas y biológicas, sino que también esperaba que su método unificara el campo y que pudiese mostrar claramente quién era psicoanalista y quién no. La primera demarcación se trazó en la línea de la etiología sexual de las neurosis: todo aquel que se negara a aceptar este principio básico no debía ser considerado psicoanalista. Entonces, como le escribió Freud a Georg Groddeck (1977), todo aquel que se dedicara al análisis de la transferencia y las resistencias podría ser considerado psicoanalista. Y con el paso del tiempo, estas definiciones se multiplicaron: Hartmann estudió los procesos de adaptación, las fantasías inconscientes de Klein, las experiencias interpersonales de Sullivan, Lacan tenía pasión por la lingüística, Spitz observó a niños hospitalizados, Bowlby trabajó con adolescentes ladrones, Kohut afirmó que el método esencial del psicoanálisis era la empatía, y así sucesivamente. El consenso ha sido difícil de alcanzar incluso cuando se trataba de definir el núcleo del psicoanálisis. En muchos casos, una generación anterior diría que lo que hacían las generaciones más jóvenes no era psicoanálisis. Por supuesto, esto ha estado basado solo en la autoridad personal y no se ha podido corroborar con ninguna evidencia clínica o científica.

En este mismo momento, muchos esperan que las tendencias científicas contemporáneas nos ayuden a superar la fragmentación de nuestro campo. Cada vez más institutos brindan capacitación en metodología de la investigación, hay revistas especializadas en neuropsicoanálisis, han surgido enfoques basados en la evidencia sobre la efectividad del psicoanálisis como terapia y sobre la capacitación psicoanalítica, y como una forma específica de educación que están empezando a tomar cuerpo (Dimitrijevic 2018). La mayoría de los analistas, sin embargo, ven estas tendencias como irrelevantes para su trabajo clínico e incluso como algo no psicoanalítico. Sus rangos incluyen al propio Freud y su hija Anna, Melanie Klein, Winnicott, Kohut, Andre Green y muchos, muchos otros.

Un buen número de nuestros colegas piensa que el psicoanálisis debe ser considerado como una disciplina clínica original. Puede sonar extraño que esta idea se articuló por primera vez en 1924. En su libro conjunto *Desarrollos del psicoanálisis*, Sándor Ferenczi y Otto Rank propusieron que, en lugar de la metapsicología, se debería usar la situación analítica como una característica definitoria del psicoanálisis. Todo esto fue en parte una reacción a la introducción de la pulsión de muerte por parte de Freud, ya que los autores creían que había prestado mucha más atención a los conceptos abstractos que a cuestiones de técnica clínica. En palabras de uno de los principales historiadores del psicoanálisis: “El método psicoanalítico se había fosilizado, creía [Ferenczi], y se había convertido en un proceso excesivamente intelectualizado de educar a los pacientes sobre los contenidos de su inconsciente” (Makari 2008, 352). Este fue el momento en que se inició la reorientación del psicoanálisis y se sugirió como núcleo de ello las manifestaciones transferenciales. “Todo lo relevante para la cura de la neurosis ocurre en la situación analítica y en la transferencia. Las interpretaciones deben centrarse en las reacciones al analista, porque en esas reacciones se encuentran repeticiones infantiles” (353) -estas palabras las damos por sentadas, pero fueron revolucionarias a mediados

de la década de 1920 y llevaron a Freud a prescindir de dos hombres que había considerado dignos de ser sus herederos y, no menos importante, a alguien a quien él había querido que fuese su yerno.

Si hay algo que nos puede unir ahora, casi noventa años después, es nuestra motivación para investigar complejos fenómenos mentales a medida que se desarrollan en la situación de transferencia custodiada por un encuadre suficientemente seguro. Desde nuestras experiencias de análisis y supervisión personal, hasta el impacto del psicoanálisis en la filosofía y la cultura de nuestro tiempo, pasando por las caricaturas de los periódicos y las películas de Hollywood, la transferencia equivale al psicoanálisis para muchas personas. Sin embargo, hemos logrado dividirnos en cuestiones relacionadas sobre qué es la transferencia y cuál es la mejor manera de tratarla: algunos interpretan de inmediato, otros esperan hasta que la transferencia esté completamente desarrollada, algunos casi no interpretan; algunos se enfocan en el aquí y ahora, otros se enfocan en las relaciones con otras personas significativas; muchos enfatizan las repeticiones desde el desarrollo temprano; algunos insisten en que no se permiten actuaciones por parte del analista si no pueden ser neutralizadas por la interpretación; otros encuentran promulgaciones imposibles de evitar y buenos líderes si se reflexiona sobre ellas; algunos permiten el uso de medicamentos, mientras que otros utilizan sólo la consejería psicoanalítica. Una vez más, los diferentes enfoques y concepciones conducen a amargas luchas y la confusión de lenguas entre las escuelas rivales.

Finalmente, a lo largo del siglo se pensó que el psicoanálisis podría llegar a su integración a través de una organización internacional. Esta era nuevamente, una visión de Sándor Ferenczi, la que debería haber tenido el propósito de unificar a los discípulos de Freud y controlar la calidad del trabajo autoproclamado psicoanalítico -algo curioso, porque cuando se formó, en 1910, tenía menos de cincuenta miembros. Fue sólo después de la Primera Guerra Mundial que Freud accedió a los análisis de formación obligatorios (Makari 2008), y en la década siguiente que Karl Abraham (2008) introdujo el modelo tripartito de formación psicoanalítica que fortalece nuestras identidades profesionales y nos da el sentido interno de nuestra identidad como psicoanalistas. Sin embargo, en los últimos sesenta años, las organizaciones psicoanalíticas florecieron en todas partes, a menudo sin interés por las existentes, que a veces les eran hostiles: las organizaciones lacanianas en Francia y América Latina, las organizaciones interpersonales y relacionales en los Estados Unidos, los muchos institutos no IPA en Europa Central, etc. He conocido a muchos colegas jóvenes con una fuerte devoción por el psicoanálisis que están inscritos en programas de formación no reconocidos por la IPA y, especialmente en los Estados Unidos, muchos analistas senior y autores importantes escribieron que no tenían interés ni en las asociaciones estadounidenses, ni en las internacionales (Mitchell 2000).

¿Por qué es importante este tema? Mi intención es abrir una discusión que no se resolverá rápidamente. Básicamente, deseo argumentar que esta situación presentará el problema más peligroso para quienes practicarán el psicoanálisis en las próximas décadas, y que el futuro de nuestra disciplina bien puede depender de nuestra capacidad para crear un campo cohesionado.

En uno de los libros más importantes publicados en el campo del psicoanálisis en los últimos años, Paul Stepansky intenta llamar nuestra atención sobre el hecho de que el psicoanálisis se ha convertido en un fenómeno marginal en la cultura occidental contemporánea. Después de varias décadas de enorme -y, en mi opinión, algo inexplicable- éxito e influencia, el psicoanálisis ha perdido la clínica psiquiátrica frente a los enfoques biológicos y la terapia cognitivo-conductual, y ha perdido las universidades frente a paradigmas dedicados a fenómenos más fácilmente controlables y comprobables. Juzgando mediante cualquier criterio objetivo que se pueda imaginar, el psicoanálisis no es el líder en el campo. Por un lado, otros enfoques captan más profesionales y reúnen a más clientes; y por el otro, el psicoanálisis solo puede presumir de un puñado de programas de doctorado e institutos de investigación, revistas de la más alta calidad, posiciones altas en los índices de citas indexadas. ¡Algo tiene que hacerse!

En mi opinión la principal razón para una vigorosa respuesta al estado actual es que el mundo necesita el psicoanálisis y no ha encontrado nada que pueda reemplazarlo. A nivel general, me refiero a la idea articulada por primera vez por Thomas Mann (1956) con motivo del octogésimo cumpleaños de Freud: el proyecto de la Ilustración tiene que ser bien informado por el psicoanálisis o éste permanecerá como una ingenua utopía -es decir, las reformas sociales necesitan incluir nuestras intelecciones sobre el inconsciente humano. Y a nivel individual, en un mundo de una aceleración sin precedentes, “en tiempos en que el tiempo es un bien escaso” (Gergen 2000), el entorno psicoanalítico puede ser fácilmente el único recurso seguro

que nos permite el privilegio de admitir y experimentar los dolores del crecimiento en un mundo que parece no hacer nada más que inventar nuevas formas de negar ese mismo dolor. Finalmente, existe una creciente evidencia que muestra que el psicoanálisis es superior a todas las demás formas de psicoterapia, y esto es especialmente así en términos de sus efectos sobre el desarrollo posterior al tratamiento (Schedler 2010).

Sin embargo, ¿cómo reacciona esta disciplina inmensamente importante a su actual marginación? Stepansky muestra de manera muy convincente que a medida que el psicoanálisis es menos reconocido por otros campos, se vuelve más fragmentado internamente, convirtiéndose en “una imprecisa federación de subcomunidades psicoanalíticas” (2009, xi). Cuanto más nos ignoran, más creamos divisiones entre nosotros y adoptamos una postura excluyente hacia nuestros colaboradores más cercanos. Curiosamente, la adversidad externa común no nos hace más sino *menos* cohesionados. Cuando ellos nos dicen “eres irrelevante”, nuestra respuesta es “esto no es un pecho-inodoro, es un objeto propio que se refleja”.

En resumen, parece que la desintegración ha sido inevitable a lo largo de toda la historia del psicoanálisis. Es por eso por lo que necesitamos pensar en soluciones que ya han sido sugeridas y usarlas para superar el problema. No desaparecerá por sí solo, e incluso las soluciones más nuevas no parecen ser lo suficientemente efectivas: muchos creen que el psicoanálisis necesita una alianza más fuerte con las ciencias naturales; Otto Kernberg (2004) cree que el enriquecimiento mutuo entre diferentes escuelas psicoanalíticas ya ha comenzado y que solo queda esperar a que sus efectos fructifiquen; en el poderoso final de *Psychoanalysis at the Margins*, Stepansky (2009, 312) escribió: “Estoy cada vez más convencido de que la supervivencia de la profesión en un previsible futuro se encuentra más allá del diván y fuera de la sala de consulta”.

Creo firmemente que el uso que hace Stepansky de la palabra “supervivencia” está justificado. Los análisis “no de formación” que se realizan en sofá y cuatro o cinco veces por semana, y que duran muchos años y profundizan en las regiones oscuras del inconsciente se están volviendo raros; de hecho, ocupan un ínfimo porcentaje de la práctica clínica de quienes no somos analistas de formación. Bien puede ser que la última tarea de nuestra generación, de aquellos de nosotros que pronto nos convertiremos en psicoanalistas, sea fomentar la supervivencia de nuestro campo y nuestras identidades profesionales frente a la oposición que nos ha barrido fuera de la corriente principal; pero incluso más aún, talvez sea protegernos de nuestras propias tendencias a la desintegración interior. Para proteger este núcleo y unir el campo, debemos descubrir de dónde proviene la maldición de la hostilidad interna y cómo vencerla. Para ayudar mejor a nuestros clientes y seguir siendo relevantes para ellos, debemos comenzar a curar el psicoanálisis de las fuerzas oscuras que parecen inherentes a él.

REFERENCIAS

- Bair, Dierdre. 2003. *Jung: A Biography*. Boston, MA: Little, Brown.
- Bergmann, Martin S., ed. 2004. *Understanding Dissidence and Controversy in the History of Psychoanalysis*. New York: Other Press.
- Bonomi, Carlo. 1999. “Flight into Sanity: Jones’s Allegation of Ferenczi’s Mental Deterioration Reconsidered.” *International Journal of Psychoanalysis* 80, no. 3: 507–42.
- Dimitrijevic, Aleksandar. 2011. “Paul E. Stepansky: Psychoanalysis at the Margins.” *Clinical Social Work Journal* 39, no. 3: 321–22.
- _____. 2018. “A Mixed-Model for Psychoanalytic Education.” *International Forum of Psychoanalysis* 27, no. 2: 121–25.
- Ellenberger, Henri. 1970. *The Discovery of the Unconscious: The History and Evolution of Dynamic Psychiatry*. New York: Basic Books.
- Ferenczi, Sándor, and Otto Rank. (1924) 1986. *The Development of Psychoanalysis*. Madison, CT: International University Press.
- Gergen, Kenneth. 2000. “The Self: Transfiguration by Technology.” In *Pathology and the Postmodern: Mental Illness as Discourse and Experience*, edited by Dwight Fee, 100–15. Sage Publications.
- Goffman, Erwin. 1961. *Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates*. New York: Free Press.
- Groddeck, Georg. 1977. *The Meaning of Illness: Selected Psychoanalytic Writings*. Edited by Lore Schacht. Translated by Gertrud Mander. London: Maresfield Library.

- Grosskurth, Phillis. 1991. *The Secret Ring: Freud's Inner Circle and the Politics of Psychoanalysis*. Reading: Addison-Wesley Publishing Company.
- Kernberg, Otto. 1986. "Institutional Problems of Psychoanalytic Education." *Journal of the American Psychoanalytic Association* 34, no. 4: 799–834.
- _____. 1996. "Thirty Methods to Destroy the Creativity of Psychoanalytic Candidates." *International Journal of Psycho-Analysis* 77, no. 5: 1031–40.
- _____. 2000. "A Concerned Critique of Psychoanalytic Education." *International Journal of Psycho-Analysis* 81, no. 1: 97–120.
- _____. 2004. "'Dissidence' in Psychoanalysis: A Psychoanalytic Reflection." In *Understanding Dissidence and Controversy in the History of Psychoanalysis*, edited by Martin S. Bergmann, 129–46. New York: Other Press.
- Makari, George. 2008. *Revolution in Mind*. New York: HarperCollins.
- Mann, Thomas. (1936) 1956. "Freud and the Future." *International Journal of Psychoanalysis* 37: 106–15.
- Mitchell, Stephen. A. 2000. "Between Philosophy and Politics." In *Psychoanalytic Conversations: Interviews with Clinicians, Commentators, and Critics*, edited by Peter L. Rudnytsky, 101–36. Hillside, NJ & London: The Analytic Press.
- Segal, Hanna. 2006. "Reflections on Truth, Tradition, and the Psychoanalytic Tradition of Truth." *American Imago* 63, no. 3: 283–92.
- Shedler, Jonathan. 2010. "The Efficacy of Psychodynamic Psychotherapy." *American Psychologist* 65, no. 2: 98–109.
- Stepansky, Paul E. 2009. *Psychoanalysis at the Margins*. New York: Other Press.

(*) Aleksandar Dimitrijević: Doctor en Psicología. Psicólogo clínico y psicoanalista. Profesor de la Universidad Psicoanalítica Internacional en Berlín, Alemania y director del Máster en Psicología Clínica de tal universidad. Ha editado o coeditado doce libros, el más reciente de los cuales, *Silence and silencing in psychoanalysis* ("Silencio y silenciamiento en psicoanálisis" coeditado con Michael B. Buchholz, 2021) fue preseleccionado para el premio Gradiva. Su proyecto actual es *From the abyss of oneliness to the bliss of solitude* ("Del abismo del sentirse solo a la dicha de estar solo" coeditado con Michael B. Buchholz, Phoenix, 2022).

Publicado en: Chapter Title: Is Integration Possible for Psychoanalysis?, Aleksandar Dimitrijević, pp. 345- 352, en: "Psychology and Politics: Intersections of Science and Ideology in the History of Psy-Sciences", Editores: Anna Borgos, Ferenc Erős, Júlia Gyimesi, Editorial: Central European University Press. (2019)

Versión electrónica: <https://www.jstor.org/stable/10.7829/j.ctvs1g9j3.2>

Volver a Artículos Clínicos
Volver a Newsletter 22-ex-76